

A PROPÓSITO DE LA "SENSIBILIDAD COMÚN" EN ARISTÓTELES

DIEGO ANTONIO PINEDA,*

RESUMEN

La hipótesis aristotélica acerca de la existencia de una sensibilidad común (κοινή αἴσθησις) es uno de los puntos más importantes de su teoría de la percepción. Con ella Aristóteles garantiza que la sensibilidad del viviente no es una simple amalgama de sensaciones dispersas, sino una facultad unificada e indivisible que, para ciertos efectos, se especializa en cinco sentidos externos. Además, a partir de dicha hipótesis se permite ampliar inmensamente el campo de percepción, adscribiendo a la facultad perceptiva operaciones como la imaginación, la memoria y los sueños, de un lado, y dando cuenta del acto del pensamiento en analogía con el de la sensación, del otro.

El presente artículo, partiendo de un examen sobre el uso que hace Aristóteles del término αἴσθησις y de una presentación de los diversos tipos de objetos sensibles considerados por el Estagirita, se centra en la argumentación aristotélica en torno a la existencia y funciones de la sensibilidad común.

* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

ABOUT "COMMON SENSIBILITY" IN ARISTOTLE

DIEGO ANTONIO PINEDA,*

ABSTRACT

The aristotelian hypothesis about the existence of a common sensibility is one of the most important points of his theory of perception. With it Aristotle guarantees that the living being's sensibility is not a simple mix of dispersed sensations, but a unified and indivisible faculty that, for certain effects, is specialized in five external senses. Furthermore, from this hypothesis is permitted to widen immensely the field of perception, assigning to the perceptive faculty operations as the imagination, the report and the dreams, by a part, and realizing of the act of thought in analogy with this of the sensation, of the other.

The present paper, departing from an examination on the use that makes Aristotle on the term *αἰσθησις* and of a presentation of the various types of sensitive objects that he considers, is centred in the aristotelian argumentation about common sensibility.

* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

INTRODUCCIÓN

LA PERCEPCIÓN SENSIBLE o sensación¹ (αἰσθησις) ha sido considerada por el hombre común, y también por muchos filósofos, desde el auge, aún dominante, del empirismo en nuestros modos de representación del mundo, como el único punto de partida válido y como la única garantía cierta que poseemos para una comprensión auténtica de lo que llamamos "realidad". También Aristóteles vio en la sensación, no sólo algo común a todas las formas de vida animal, sino el indicio más significativo del "deseo de saber" natural a todos los hombres, como lo deja claro en las primeras líneas de su *Metafísica*:

Todos los hombres desean por naturaleza saber. Así lo indica el amor a los sentidos; pues, al margen de su utilidad, son amados a causa de sí mismos, y el que más de todos el de la vista. En efecto, no sólo para obrar, sino también cuando no pensamos hacer nada, preferimos la vista, por decirlo así, a todos los otros. Y la causa es que, de los sentidos, éste es el que nos hace conocer más, y nos muestra muchas diferencias. Por naturaleza, los animales nacen dotados de sensación; pero ésta no engendra en algunos la memoria, mientras que en otros sí. Y por eso éstos son más prudentes y más aptos para aprender que los que no pueden recordar; son prudentes sin aprender los incapaces de oír los sonidos (como la abeja y otros animales semejantes, si los hay); aprenden, en cambio, los que, además de memoria, tienen este sentido²

1. No haré a lo largo del presente escrito distinción entre los términos sensación y percepción sensible (de hecho los usaré indistintamente), por tratarse de una distinción que no existe en Aristóteles (él simplemente habla de αἰσθησις en todos los casos), sino que pertenece, más bien, a la psicología y filosofía moderna y contemporánea, en donde se distingue entre la captación de determinadas cualidades sensibles, como el color, la forma o el tamaño (a lo que suele llamarse sensaciones) y la percepción propiamente dicha, referida a objetos. Un excelente tratamiento de estos términos, con sus consecuencias psicológicas y epistemológicas, es el de PIAGET, en su escrito "Sobre el mito del origen sensorial de los conocimientos científicos", en *Psicología y epistemología*, Barcelona, Ariel, 1981, pp. 83-112. Dado que, en diversos contextos usaré uno u otro término, debe tenerse en cuenta que los utilizo como sinónimos.

2. ARISTÓTELES, *Metafísica*, Madrid, Gredos, 1987, traducción de Valentín García Yebra. pp. 980a 21- 980b 25

Es pues, algo evidente que, para el Estagirita, no sólo la sensación juega un papel fundamental en la conservación de la vida animal, sino que, en tanto que estamos naturalmente dotados de ella, representa el primer indicio de ese "deseo de saber" que está a la base de las formas más elevadas del conocimiento y la sabiduría humanas. Ello resulta aún más decisivo cuando consideramos la importancia definitiva que, para el trabajo del entendimiento, la memoria, la imaginación y muchas otras de nuestras facultades superiores, tienen sentidos como la vista o el oído, pues sin ellos, especialmente sin este último, se afectaría radicalmente nuestra capacidad de aprendizaje y conocimiento. La sensación parece ser, necesariamente, el primer pilar sobre el que se asienta nuestro conocimiento del mundo.

La certeza que parece proporcionarnos la sensación, sin embargo, queda en entredicho cuando nos proponemos indagar más a fondo en su naturaleza, pues lo que a primera vista parecía el hecho psicológico más simple –la afección de nuestros órganos sensoriales por un objeto externo– se transforma en un fenómeno de difícil comprensión, ya que, a la vez que se resiste a explicaciones fáciles, puramente materialistas y mecanicistas, nos pone en presencia de otra serie de asuntos psicológicos (como la memoria, la imaginación, los sueños, y el pensamiento, el movimiento voluntario y el juicio práctico) que no pueden ser adecuadamente explicados sin una comprensión previa de aquello que ocurre en la sensación.

Tal fue, por cierto, la experiencia del propio Aristóteles en *De Anima* y en los *Parva Naturalia*, en donde parecía que, en principio, bastaría con algunas distinciones conceptuales generales en torno a la facultad sensitiva, al acto de la sensación y a los objetos sensibles, o con una explicación de cada uno de los cinco sentidos particulares (vista, oído, olfato, gusto y tacto) y de sus objetos correspondientes. La verdad, sin embargo, es que, concluidas estas explicaciones y hechas todas las precisiones, distinciones y relaciones del caso –tarea que ocupa a Aristóteles en los capítulos 4 a 11 del Libro II de *De Anima* y en todo su opúsculo *Acercas de la sensación y de lo sensible*– las preguntas fundamentales aún no han sido resueltas: ¿qué es, en últimas, la percepción sensible?, ¿qué tipo de acto representa?, ¿de qué manera se perpetúa la sensación cuando no estamos ya ante la presencia inmediata y directa del objeto externo?, ¿es cierto que no sólo percibimos un objeto cualquiera, sino que, al mismo tiempo,

percibimos que estamos percibiendo?, y, si ello es así, ¿qué es lo que en nosotros percibe, por ejemplo, que vemos? Si cada sentido discierne claramente y sin error respecto de su sensible propio (así, por ejemplo, la vista discierne colores, el oído sonidos, etc.), ¿cómo y por qué podemos distinguir –porque, de hecho, lo hacemos– entre los sensibles propios de dos sentidos diferentes, por ejemplo, entre lo amargo y lo frío, o entre lo agudo y lo negro? ¿A qué facultad corresponde tal capacidad de discernimiento?; ¿habrá, acaso, un "sexto sentido" que se encargue de tal labor?; y, si lo hubiera, ¿cuál sería su órgano propio? ¿Cómo somos capaces, además, de percibir los llamados "sensibles comunes" y los "sensibles por accidente", o de qué manera pueden ser explicadas aquellas ilusiones perceptivas como la de que "el sol tiene un pie de ancho", o fenómenos más complejos que parecen guardar una estrechísima relación con la percepción sensible, como la memoria, la imaginación o los sueños?

Éstas, y muchas otras preguntas, no sólo parecen estar implícitas en el tratamiento que hace Aristóteles de la percepción sensible en el Libro II del *De Anima*, sino que ya hacia el final de dicho libro no parecen tener ninguna posibilidad de respuesta. Tales son, además, los interrogantes que sólo podrá afrontar el Estagirita por el recurso a una hipótesis novedosa: la presencia o existencia de una sensibilidad común, sentido común o sentido primario (κοινη αισθησις es el término usado por Aristóteles)³. A la postulación y análisis de dicha facultad por parte del Aristóteles consagraremos el presente escrito. Nos ocuparemos para ello, en primer lugar, del uso que él hace del término griego αισθησις. A continuación daremos cuenta de su distinción entre distintos tipos de objetos sensibles (propios, comunes y por accidente). Finalmente, abordaremos su hipótesis sobre la

3. Un estudio claro y sencillo de lo que es la "sensibilidad común" según Aristóteles puede encontrarse en MODRAK, Deborah, *Aristotle. The Power of Perception*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987, especialmente en el capítulo 3, titulado "The Five Senses and the Common Sense. Perception and Apperception". Utilizo el término "sensibilidad común" y no, por ejemplo, "sentido común" (que es el que se usa con mayor frecuencia), pues, a pesar de estar avalado por la tradición, que ha hablado siempre del *sensus communis*, se puede prestar a algunas ambigüedades y confusiones. Ello en buena parte porque el término "sentido común", en el sentido de una pre-comprensión primera y acrítica que tenemos del mundo, ha llegado a tener en muchos filósofos contemporáneos una connotación totalmente ajena a la que le otorga Aristóteles.

existencia y las funciones de la "sensibilidad común". Terminaremos señalando la relevancia de dicha hipótesis para una adecuada explicación psicológica.

1. EL USO QUE HACE ARISTÓTELES DEL TÉRMINO αἰσθησις.

EN TANTO PRETENDEMOS clarificar la concepción que tiene Aristóteles de la sensibilidad común, necesitamos, en primer lugar, determinar con alguna precisión los términos que éste usa. Como veremos, nos encontraremos aquí con una primera gran dificultad en la investigación aristotélica. Poner atención, por otra parte, al tipo de preguntas que se plantea nuestro autor nos puede ayudar también a dar cuenta de los problemas que para él plantea el uso del término griego αἰσθησις.

Cuando uno se acerca a la teoría aristotélica de la percepción, se observa que Aristóteles se plantea, entre otros, algunos de los siguientes interrogantes: ¿cómo nos formamos la noción de que allí ante nosotros, en el mundo exterior, hay cosas sensibles de las que tenemos noticia por nuestros sentidos?, ¿cómo percibimos diversas cualidades (color, forma, sonido, olor, textura, sabor, etc.) en esas cosas y en qué consiste cada una de dichas cualidades?, ¿qué pasa con aquellas impresiones que tales objetos dejan en el alma una vez que dichos objetos ya no están dados de un modo directo a nuestros sentidos?, ¿podríamos, acaso, percibir alguna cosa que no se nos diera de un modo inmediato en la experiencia primera sensorial que tenemos del mundo exterior?, ¿percibimos exclusivamente objetos sensibles en el mundo exterior o percibimos también la propia percepción que tenemos de ellos?, ¿hay, pues, una conciencia de nuestras percepciones e incluso una autopercepción de nosotros mismos?, si existe tal conciencia, ¿es ella algo semejante o por entero diferente a la percepción que tenemos de los objetos del mundo exterior?, ¿es nuestra facultad perceptiva una facultad común o unificada o una mera amalgama de percepciones dispares provenientes cada una de los cinco sentidos externos?, ¿cómo explicar, a partir de la comprensión de la percepción, fenómenos que parecen estar vinculados con ella, como la memoria, los sueños, la imaginación o el pensamiento? Éstas y muchas otras preguntas son las que aborda el Estagirita cuando, en los libros II y III de *De Anima*

y en muchísimos pasajes de los *Parva Naturalia*, se propone abordar de un modo sistemático el problema de la percepción. Algunas de tales preguntas, sin duda, están apenas implícitas en su tratamiento del problema, aunque otras son formuladas por el autor de una manera explícita⁴.

La pretensión de resolver éstos y otros problemas, sin embargo, tropieza de entrada con una dificultad: el hecho de que, aunque estas preguntas apuntan a fenómenos distintos y procesos diferentes, no se dispone en el lenguaje común de la época más que de un término general para referirse a ellos: el término *αἴσθησις*. Aristóteles no conoce ni siquiera la distinción elemental entre sensación y percepción, ni dispone tampoco de un término adecuado para denominar aquello que nosotros llamamos "conciencia"⁵. El lenguaje del que dispone, el griego de su época, si bien es muy rico en significados, no le provee de un acervo de términos suficientes para realizar las distinciones que el análisis que se propone llevar a cabo ameritaría. Puesto que no se trata tampoco de crear sin más términos artificiales, sino de examinar un problema a partir del aparato lingüístico común, el autor debe contentarse con usar, para el estudio de temas y problemas que de todas maneras guardan una afinidad

4. Dice, por ejemplo, al comienzo del Capítulo Quinto del Libro II del *De Anima* (417a 2-5): "Pero aquí surge una dificultad. ¿Por qué no se da también la sensación de las mismas sensaciones? ¿Y por qué los sentidos no producen la sensación sin objeto externo, siendo así que en los sentidos hay fuego y tierra y los otros elementos, los cuales ora en sí mismo, ora por sus cualidades, son objeto de la sensación?". Cfr. ARISTÓTELES, *Tratado del alma*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944 (Edición bilingüe griego-español, con traducción directa del griego y estudio introductorio del P. Antonio Ennis, S. J.).

5. Esto no hay que verlo, sin embargo, como un defecto insalvable de la teoría aristotélica de la percepción sensible, sino como una expresión de los límites específicos dentro de los cuales Aristóteles fue capaz de elaborar una poderosa teoría de la percepción. No se puede pretender, por ejemplo, que Aristóteles se expresara en los términos creados por la filosofía cartesiana y postcartesiana, y menos aún en los de la psicología contemporánea. Al respecto puede consultarse el artículo de Terrell Ward Bynum "A New Look at Aristotle's Theory of Perception", in DURRANT, Michael (edit.), *Aristotle's De Anima In Focus*, London, Routledge, 1.993, pp. 90-109. Sobre el asunto de la "conciencia" en Aristóteles, cfr. KAHN, Charles: "Aristotle on Thinking", en NUSSBAUM, Martha and RORTY, Amélie (comps.): *Essays on Aristotle's De Anima*, Clarendon Press, Oxford, 1995, pp. 359-379. De aquí en adelante, cuando me refiera a este último libro, lo haré simplemente como Nussbaum-Rorty, seguido del número de página.

básica entre sí, el término genérico común: αἰσθησις. Dicho término, para completar, además de genérico (pues abarca los más diversos modos de percepción), resulta ambiguo, pues se refiere no sólo a la percepción sensible, sino también a la intelectual⁶.

Es un hecho, sin embargo, que, para los asuntos que se quieren estudiar, no existe otro término que éste –αἰσθησις– y, en consecuencia, habrá que usarlo, teniendo la previsión de hacer los giros, precisiones y distinciones que sean del caso, en orden a no hacer oscura la exposición. En efecto, tal cosa parece que hace Aristóteles, pues va a usar el término –a pesar de su carácter genérico y ambiguo– con alguna precisión. De hecho, los traductores de *De Anima* parecen identificar, en la mayoría de los casos y sin muchos problemas, cuándo Aristóteles, al usar el término αἰσθησις, se refiere con él a la percepción misma, al sentido o los sentidos en general o al órgano sensorial⁷. Además, a medida que va avanzando su indagación en *De Anima* (lo cual resulta todavía más claro en los *Parva Naturalia*), irá estableciendo nuevas distinciones conceptuales, al hablar, por ejemplo, de la "sensibilidad común" (κοινη αἰσθησις) y al distinguir en los objetos sensibles entre sensibles propios, sensibles comunes y sensibles por accidente.

6. El verbo griego αἰσθανομαι, del que proviene el sustantivo αἰσθησις, tiene la doble acepción de "percibir por los sentidos, sentir" y de "percibir por la inteligencia, entender". Cfr. RESTREPO, Felix S. J., *Llave del griego*, Instituto Caro y Cuervo, N° 2.293, Bogotá, 1987. pp. 344-345.

7. Por ejemplo, Michael Durrant, en las "Notes on Translation" de su libro *Aristotle's De Anima In Focus* (pp. xii y xiii) anota lo siguiente: "Siguiendo la edición de Hamlyn, en general, he traducido αἰσθησις y sus términos afines como 'percepción' o 'percepción sensible', más que como 'sensación', como hace Hicks. Ello sobre la base de que 'ver', 'escuchar', etc. son verbos de percepción más que verbos de sensación. En algunos lugares, sin embargo, necesitamos traducir αἰσθησις como 'sensación' o 'sentido(s)'; por ejemplo, en 421a 9; 421a 19; 423a 9; 425a 20; 426a 8; 429a 31; 434b 14-15. En otros lugares αἰσθησις es usado para referirse al órgano del sentido, como en 417a 3, 424a 18 y 424a 32, aunque το αἰσθητηριον es el término que suele usar Aristóteles para referirse al órgano del sentido. El uso de αἰσθησις en 424a 4 es particularmente problemático. Hamlyn y Sorabji argumentan fuertemente en favor de 'órgano del sentido', pero como yo todavía no estoy muy convencido de esto a la luz del argumento de Slakey, he abandonado esa sugerencia, traducéndolo como 'sentido', siguiendo a Hicks". (La traducción de este pasaje es del autor del presente artículo).

Todas estas precauciones no lo libran, sin embargo, de la ambigüedad, pues, como lo ha mostrado Charles Kahn, "Aristóteles atribuye a una y la misma facultad sensitiva (1) la percepción objetiva de cualidades y otros rasgos sensoriales del mundo natural y (2) la conciencia subjetiva de nosotros mismos como seres que percibimos, sentimos (incluyendo los sentimientos de placer y dolor) y pensamos. De este modo, para Aristóteles, es la *αἴσθησις*, más que el *νοῦς*, la que lleva a cabo la mayor parte de las actividades del *cogito* cartesiano, tal como éste es definido en la *Segunda Meditación*"⁸. Además, la ambigüedad tampoco para allí, pues Aristóteles no sólo se refiere con la misma palabra a dos fenómenos por entero diferentes (la percepción en sentido objetivo, como recolección de información de un ambiente físico, externo; y la percepción que tenemos de nosotros mismos en tanto seres que sentimos, deseamos y pensamos), sino que, al interior de esas formas diversas de percepción, para cuya denominación tenemos un único término, pueden a su vez darse dos sucesos distintos, según se use el término en un sentido amplio o restringido. Siguiendo de nuevo las sugerencias de Charles Kahn⁹, intentaremos ampliar estas distinciones básicas sobre el uso aristotélico del término griego *αἴσθησις*.

Por una parte, está la percepción en sentido objetivo, esto es, la percepción de cosas sensibles (*ταῖς αἰσθητάς*), la cual reviste dos formas:

1. La percepción de *cosas sensibles* propiamente dichas, por ejemplo, un árbol, una casa, un caballo o una persona. La percepción es, pues, en primer lugar, la captación de que allí, en el mundo exterior, hay ciertos objetos distintos de mí de los que tengo noticia a través de mis sentidos corporales. Como veremos posteriormente, es de este fenómeno de lo que pretende dar cuenta Aristóteles mediante la noción de "sensibles por accidente".

2. La percepción de ciertas *formas sensibles* como el color, el sonido, el olor, el sabor, la textura, etc., correspondientes a cada uno

8. KAHN, Charles: "Aristotle on Thinking", en Nussbaum-Rorty, p. 364.

9. Cfr. *Ibidem.*, p. 365.

de los cinco sentidos corporales. Aristóteles llama "objetos del sentido" a estas formas sensibles, o, más estrictamente, "sensibles propios".

Por otra parte, está el aspecto subjetivo, interno, de la percepción, es decir, la percepción que tenemos de nuestros propios actos perceptivos y aún de nosotros mismos en tanto que percibimos, lo cual adopta también dos formas básicas:

1. La percepción que tenemos de los objetos, pero ya no como cualidades aisladas de color, sonido, olor, sabor, textura, etc., sino como *objetos unificados* que, además de las cualidades propias de cada sentido, poseen cualidades comunes (como la figura, el tamaño, etc.) que son perceptibles por más de un sentido. A partir de esta consideración, Aristóteles elabora la idea de los "sensibles comunes".

2. La percepción que tenemos *de nosotros mismos* (o autopercepción) en tanto que sentimos, deseamos y pensamos. De allí surge la hipótesis clave que nos hemos propuesto examinar aquí: la de la existencia de una sensibilidad común (*κοινη αισθησις*), un "sentido primario", o, como se le ha llamado con frecuencia, un "sentido común". Es sobre la base de esta sensibilidad común, sentido primario o "sentido común" que Aristóteles intentará explicar fenómenos más complejos, como la memoria, los sueños, la imaginación o el pensamiento.

Las anteriores precisiones nos ayudan a situar más claramente el tratamiento que hace Aristóteles de la percepción. No sólo porque nos muestran algunas de las dificultades que el tratamiento de dicho tema tiene en Aristóteles, sino porque nos revelan, sobre todo, la inmensa amplitud del campo de la percepción tal como lo estudiará el Estagirita. Por tanto, lo que hemos anotado como dificultad también puede ser visto como apertura hacia nuevos horizontes. En efecto, el amplísimo campo semántico del término *αισθησις* se ve compensado con una efectiva ampliación del campo de la

percepción¹⁰ que realiza el Estagirita y mediante la cual, basado en su ya compleja teoría de la percepción, da novedosas y sugerentes explicaciones sobre funciones psicológicas de orden superior (memoria, imaginación, sueños, pensamiento, movimiento voluntario, juicio práctico, etc.).

Ahora bien, puesto que no tendremos por ahora ocasión de ocuparnos de dicha ampliación del campo de la percepción por parte del Estagirita, nos ocuparemos solamente de la hipótesis fundamental en la que ella se funda: la de la existencia, más allá de los sentidos particulares, de una κοινή αἴσθησις, esto es, una sensibilidad común; es decir, de una sensibilidad unificada a partir de la cual puedan ser comprendidos los más diversos fenómenos vinculados con la αἴσθησις. Aunque esta hipótesis se formula de un modo explícito apenas en el capítulo 2 del Libro III de *De Anima*, será de inmensa importancia para comprender posteriormente procesos psicológicos de mayor envergadura, como la memoria, el sueño, la imaginación, el movimiento voluntario de los animales y hasta el juicio práctico. No entraremos aquí en la elucidación de estos asuntos, sino que nos quedaremos exclusivamente en el campo de la percepción de objetos sensibles. Habremos de ocuparnos enseguida de los distintos objetos sensibles que toma en consideración el Estagirita.

2. SENSIBLES PROPIOS, SENSIBLES COMUNES Y SENSIBLES POR ACCIDENTE

PARA SU ESTUDIO DE los sensibles, Aristóteles establece, en primer lugar, el siguiente principio: "primeramente se han de estudiar los sensibles en cada sentido"¹¹. Es decir, no parece adecuado estudiar cada uno de los sensibles por separado de los sentidos a los que pertenecen, sino siempre con referencia a algún sentido que les debe ser propio. Por ejemplo, no se debería estudiar el sonido sino con referencia al oído, o el color sino con referencia a la vista. Ocurre, sin embargo, que los sensibles parecen ser una cosa más compleja y

10. Esta ampliación del campo de la percepción es muy bien analizada por Richard Sorabji en su artículo "Intentionality and Physiological Processes", en Nussbaum-Rorty, pp. 195-225.

11. *De Anima*, 418a 6.

parecen ser muchos más en número que los cinco sentidos específicos. Por tanto, antes de aplicar el anterior principio, parece conveniente precisar cuántos y cuáles son los sensibles y cómo se les podría clasificar de una forma conveniente. Ello es fundamental a la vez para no confundir unos sensibles con otros y para no incurrir en el error en que ya incurrió Demócrito: pretender que hay una única forma de lo sensible, la de lo tangible, cosa por completo absurda, según el propio Aristóteles, pues, si todo lo sensible fuera tangible, "es evidente que cada uno de los demás sentidos sería una cierta forma de tacto"¹²; es decir, todos los demás sentidos no serían más que ciertas especializaciones de un único sentido primordial: el del tacto.

En orden a evitar estos posibles errores y confusiones, nos propone Aristóteles una clasificación de los sensibles que se basa en los tres aspectos diversos bajo los cuales puede ser considerado el objeto sensible, dos de los cuales atienden al sensible por sí mismo, y un tercero que atiende a lo que es accidentalmente sensible. Hablaremos, entonces, de "sensibles propios", "sensibles comunes" y "sensibles por accidente"¹³.

Los *sensibles propios* son aquellos que pertenecen específicamente a uno de los sentidos básicos: el color a la vista, el sonido al oído, el olor al olfato, el sabor al gusto. Respecto del tacto esto no se cumple, pues todo parece indicar que el tacto no posee un único sensible propio, sino que tiene capacidad para percibir muchas cualidades diferentes. En el tacto, a diferencia de lo que sucede en los otros cuatro sentidos, hay muchos objetos contrarios: caliente- frío, seco- húmedo, pesado-liviano, duro- blando, viscoso- desmenuzable, áspero- liso y grueso- fino¹⁴; de lo cual podría inferirse incluso que el

12. *Acerca de la sensación y de lo sensible*, 442b 3. De los *Parva Naturalia* utilizo la siguiente versión: Aristóteles, *Acerca de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*, Gredos, Madrid 1.987 (introducciones, traducción y notas por Ernesto La Croce y Alberto Bernabé Pajares).

13. Una interesante discusión sobre el uso que de estos términos hará la filosofía posterior -y especialmente Tomás de Aquino- puede verse en el artículo de Jörg Alejandro Tellkamp: "Actitudes proposicionales y conocimiento sensible en Tomás de Aquino", en *Revista Española de Filosofía Medieval*, N° 4, 1.997, pp. 87-102.

14. Cfr. *Acerca de la generación y la corrupción*, Libro II, Capítulo Segundo, 329b 18 y ss.

tacto no es en realidad un solo sentido sino varios¹⁵. Ahora bien, respecto de estos sensibles propios no es posible ni el engaño ni el error: "la sensación de los sensibles propios siempre es verdadera, y todos los animales la poseen"¹⁶. Podemos engañarnos al pensar, pueden engañarnos nuestras opiniones e incluso podemos errar o engañarnos respecto del objeto y sus cualidades (Aristóteles no niega en ningún momento que tengamos ilusiones perceptivas), pero no es posible que nos engañemos respecto del sensible mismo. No podría, por ejemplo, engañarse el ojo respecto de que está viendo el color rojo, aunque podría engañarse respecto de que el objeto que ve sea rojo. Así pues, el ojo no se equivoca en tanto se trata de discernir colores, ni el oído en tanto se precisa distinguir sonidos, pues "cada sentido discierne estos sensibles propios, y no se equivoca al decir que existe un color o un sonido. Puede, sí, errar acerca de la naturaleza del objeto coloreado o sonoro, o acerca del lugar que ocupan"¹⁷.

Los *sensibles comunes* son aquellos que no pertenecen a ningún sentido específico y que, más bien, son comunes a todos, o, por lo menos, a la vista y al tacto. Tales sensibles comunes son, según Aristóteles, por lo menos los siguientes: el movimiento, el reposo, el número, la unidad, la figura, el tamaño y el tiempo¹⁸. También descarta Aristóteles la posibilidad de que exista un órgano sensorio propio de todos los sensibles comunes, pues todos ellos los percibimos gracias al movimiento (percibimos el tiempo, el tamaño, la figura y el número gracias al movimiento, mientras que percibimos

15. Sobre este punto puede verse el artículo de Angel Cappelletti "Naturaleza y funciones del tacto, según Aristóteles", en *Revista Venezolana de Filosofía*, N° 4, 1.976, pp. 19-51.

16. *De Anima* 427b 13-14.

17. *Ibidem*, 418a 15-17.

18. Sobre cuáles son y cuál es el número exacto de ellos no hay absoluta claridad, pues en diversos textos Aristóteles hace distintas listas. Por ejemplo, en *De Anima* 418a 17 y ss, dice que tales "sensibles comunes" son: el movimiento, el reposo (o quietud), el número, la figura (o forma) y la magnitud (o tamaño). En esta misma obra, un poco más adelante (425 a 16), agrega la unidad. En *Acerca de la memoria y de la reminiscencia* (450a 9-10 y 451a 16 y ss) agrega a esta lista el tiempo, en cuanto éste es percibido por el llamado "sentido común". Incluso en *Acerca de la sensación y de lo sensible* (442b 5 y ss.) habla de "lo rugoso y lo liso" y de "lo agudo y lo obtuso" como sensibles comunes; pero esto es muy confuso, pues no se entiende por qué, por ejemplo, lo rugoso y lo liso no pueden ser objeto del sentido del tacto.

el reposo por la ausencia de éste); así pues, estos sensibles los captamos no a través de un sentido peculiar, sino como efecto del movimiento¹⁹. Más aún, suponer que un mismo órgano sensorio sea capaz de captar sensibles tan diversos resulta tan absurdo como suponer que, por ejemplo, el ojo fuese capaz de captar el sabor dulce o la lengua pudiese percibir el color rojo. Hay, más bien, un sentido apropiado para la percepción de cada una de estas cualidades y, cuando se trata de cualidades comunes como aquellas de las que venimos hablando, no hay que suponer por ello que a cualidades comunes deba corresponder necesariamente un órgano sensorio común. No se sigue, pues que, puesto que a cualidades distintas (los sensibles propios) corresponden órganos sensorios distintos (ojo, oído, nariz, lengua), a cualidades comunes deba corresponder un órgano sensorio común.

Ahora bien, del hecho de que no haya un órgano sensorio propio de los sensibles comunes no se sigue tampoco que la captación de estos sensibles comunes sea puramente accidental, es decir, que estas cualidades sensibles comunes sean meros agregados a cualidades como el color, el sonido, el olor o el sabor. Se pueden percibir estos sensibles comunes por sí mismos y no de un modo puramente accidental: "de los sensibles comunes tenemos verdadera sensación común y no mera percepción accidental"²⁰. Más aún, puede ocurrir incluso lo contrario: que mediante un determinado sentido tengamos percepción accidental de los sensibles propios de otro sentido, pues las dos sensaciones (por ejemplo el sabor amargo y el color amarillo) versan sobre el mismo objeto: la hiel; ello puede dar lugar al engaño, pues, en tanto se ve algo amarillo, se le cree amargo como la hiel. Sin embargo, y en cuanto a los sensibles comunes no corresponde un órgano sensorio específico, cabe mucho más respecto de ellos la posibilidad de errar.

19. Para una discusión más elaborada sobre la percepción del movimiento, y sobre la condición de éste, en cuanto uno de los sensibles comunes, cfr. HUBERT, Bernard: "La perception du mouvement chez Aristote", en *Revue Thomiste* 94, 1.994, pp. 211-240. De igual modo, un examen más detenido sobre la idea de los "sensibles comunes" puede verse en LORIES, Danielle: "Des sensibles communs dans le 'De Anima' d' Aristote", en *Revue Philosophique de Louvain* 89, 1.991, pp. 401-420.

20. *De Anima* 425a 26-27.

Pero, si no hay un órgano sensorio propio para los sensibles comunes, ¿a cuál de los sentidos le corresponde conocer de estos sensibles? Ciertamente no a todos, pero sí por lo menos a la vista y al tacto, dice Aristóteles. Es claro que no puede ser al oído, que "sólo informa de las diferencias de sonido y, en algunos seres, también de las de la voz"²¹; ni tampoco al gusto, que, aunque parece ser un sentido muy fino (pues es capaz de percibir mínimas diferencias en cada especie), no podría percibir todos los sensibles comunes (no podría, por ejemplo, percibir la figura, a no ser que aceptáramos la hipótesis de Demócrito —que Aristóteles ciertamente no acepta— según la cual el sabor ácido se debe a la presencia de átomos angulosos y el sabor dulce a la de átomos redondos); y menos aún podría ser el olfato el encargado de conocer de los sensibles comunes, pues, para que ellos fueran captados por el olfato, todas las cosas —según la sugerencia de Heráclito— deberían convertirse en humo²². De este modo, percibir los sensibles comunes sólo podría ser propio de sentidos como el tacto y la vista, aunque ninguno de los dos parece poder captar la totalidad de estos sensibles comunes. Y la vista es, en todo caso, el sentido que mayor cantidad de diferencias sensibles, de sensibles comunes, es capaz de captar, pues todos los cuerpos participan del color. Concluye, entonces, Aristóteles de modo enfático: "La visión informa de múltiples y variadas diferencias, debido al hecho de que todos los cuerpos participan del color, de forma que es por ella por la que se perciben principalmente los sensibles comunes. (...) Conocer los sensibles comunes, o no es propio de ningún sentido, o, en todo caso, más bien, de la vista"²³.

Aristóteles llama *sensibles por accidente* a aquellos objetos que son percibidos accidentalmente, en cuanto son concomitantes de un sensible propio. Cuando se da tal tipo de percepción el que percibe no recibe influjo alguno de lo sensible por accidente. Por ejemplo, vemos un objeto blanco, que es el hijo de Díaris. Lo que vemos es el objeto blanco, y captamos el sensible propio (el color blanco), que va ligado al hijo de Díaris. Lo que afecta nuestro sentido es, sin embargo, el color blanco, y no el hijo de Díaris. Esta es, pues, una

21. *Acerca de la sensación y de lo sensible* 437a 10-11.

22. Cfr. *Ibidem*, 442b 14-16, 443a 23-25.

23. *Ibidem*, 437a 6-9 y 442b 13-14.

percepción de un sensible propio, que va acompañada de una percepción por accidente: la del hijo de Díaris. Se ve en ello la clara diferencia existente entre los sensibles por sí mismos (los propios y los comunes) y los sensibles por accidente, pues en los primeros se ve claramente que el sentido es afectado por el objeto, cosa que no ocurre con los sensibles por accidente, pues captar que se trata del hijo de Díaris no es algo que provenga del hecho de que el hijo de Díaris afecte mi visión, sino que sobreviene del hecho de que sea blanco²⁴.

Esta noción de "sensibles por accidente" es de una gran importancia para descubrir la comprehensividad y fuerza explicativa de la teoría aristotélica de la percepción, pues nos muestra que no se trata sólo de percibir cualidades (como color, sonido, figura, movimiento, tiempo, etc.), sean éstas propias o comunes, sino que se trata de percibir objetos propiamente dichos y de adquirir un conocimiento diferenciado de ellos, pues sólo ver el color o la forma de una cosa o escuchar el sonido que produce al golpear a otra, no constituye todavía un conocimiento en sentido estricto de la cosa que se percibe²⁵. De hecho, esos objetos a los que llama Aristóteles "sensibles por accidente" son objetos de los cuales, si bien tenemos conciencia a través de los sentidos, no tenemos una sensación directa, sino sólo indirecta o incidental, pues no son cualidades sensibles (como el color, la figura o el movimiento), sino conjuntos concretos a los que pertenecen cualidades sensibles. Como bien señala Guthrie,

24. A este respecto resulta ilustrativo el numeral 387 del *Comentario al "Libro del Alma" de Aristóteles*, de Santo Tomás de Aquino, que dice así: "Sostiene que se llama accidentalmente sensible como si dijésemos que Díaris o Sócrates son accidentalmente sensibles, porque sobreviene de que sean blancos. En verdad, se siente accidentalmente lo que sobreviene a lo que es sentido por sí mismo; por ejemplo, sobreviene a lo blanco, que es sensible por sí mismo, el que sea Díaris, de donde Díaris es accidentalmente sensible. En consecuencia, el sentido en cuanto tal nada padece al respecto. Por lo tanto, aunque los sensibles comunes y los propios son sensibles por sí mismos, no obstante los sensibles propios son estrictamente sensibles por sí mismos, porque la sustancia de cualquier sentido y su definición radica en que es apto para padecer por tal sensible. La naturaleza de cada potencia consiste en su relación al objeto propio". Utilizo la traducción al español de dicho comentario de María C. Donadío Maggi de Gandolfi (Editorial Arché, Buenos Aires, 1.979, pp. 242-243).

25. Un examen detenido y muy sugerente de la percepción de los "sensibles por accidente" es el de Stanford Cashdollar en su artículo "Aristotle's Account of Incidental Perception", en *Phronesis* 18, 1.973, pp. 156-175.

tales objetos son "lo que un filósofo de hoy llamaría más bien objetos de percepción que de sensación"²⁶; es decir, la percepción²⁷ no consiste en la captación de cualidades que afectan de un modo directo los sentidos (pues a ello es a lo que hoy llamamos sensación), sino en la capacidad para caracterizar e identificar cosas a partir del uso de ellos.

¿Qué pretende mostrar Aristóteles mediante esta distinción entre tres tipos de objetos sensibles? En primer lugar, la importancia que tienen los sensibles propios para su indagación sobre la naturaleza del alma sensitiva, pues es precisamente de ellos de los que tratará en adelante, ya que, si se trata de conocer el carácter de la facultad sensitiva, ello debe empezar por el examen de cada sentido y, el examen de cada sentido debe, a su vez, comenzar por el sensible que le es propio (la vista por el color, el oído por el sonido, etc.). En segundo lugar, y como acabamos de subrayar, la noción de "sensibles por accidente" —y su diferenciación de los sensibles por sí mismos— permite mostrar que las cosas que somos capaces de percibir se extienden mucho más allá de los objetos propios de los cinco sentidos, con lo cual se amplía inmensamente el campo de la percepción. En tercer lugar, nos plantea un nuevo problema: a través de cuál de los sentidos podrán ser captados cada uno de esos objetos sensibles. Es claro que cada uno de los sensibles propios posee su órgano específico. No ocurre lo mismo, sin embargo, con los sensibles comunes y los sensibles por accidente. Dicha constatación conducirá a Aristóteles hacia la búsqueda de un "nuevo sentido" que, a diferencia de los sentidos específicos, cuya percepción es especializada, pueda dar cuenta de tales tipos de objetos sensibles. Dicho sentido no podrá estar ligado a un órgano específico, aunque, en tanto sentido, tenga su sede en un órgano corporal (el corazón). Ese nuevo sentido será la κοινή αἴσθησις o "sensibilidad común".

26. GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Tomo VI: Introducción a Aristóteles*, Madrid, Gredos, 1.993, p. 305.

27. Por supuesto, como ya lo señalamos al comienzo de este artículo, esta distinción entre sensación y percepción no existía en el griego de la época de Aristóteles.

3. EXISTENCIA Y FUNCIONES DE LA "SENSIBILIDAD COMÚN"

AUNQUE ARISTÓTELES sólo postula la existencia de la sensibilidad común –en el capítulo 2 del Libro Tercero de *De Anima*– y abandona pronto su examen para ocuparse de asuntos que parecen atraer más claramente su atención (la imaginación, el pensamiento, el movimiento animal) en los capítulos subsiguientes, la lectura de los *Parva Naturalia* revela hasta qué punto dicha hipótesis es importante para la explicación psicológica de la memoria y la reminiscencia, la imaginación, el sueño, la vigilia y los ensueños. Así, por ejemplo, hablando del sueño y la vigilia, Aristóteles nos ofrece la que, en mi concepto, es la definición más explícita de la sensibilidad común que podemos encontrar en la obra del Estagirita. Dice éste:

"(...) el animal se define por la posesión de sensaciones, y decimos que el sueño es, en cierto modo, la inmovilidad de la sensación y como una especie de atadura, mientras que la liberación y aflojamiento de ésta es la vigilia. (...) Pues sin sensación no tiene lugar ni el sueño ni la vigilia. (...) Hay que examinar por qué uno se duerme y está despierto y por medio de cuál sentido o de cuáles, si es por más de uno. Dado que algunos animales poseen todos los sentidos y algunos no poseen, por ejemplo, la vista, y puesto que todos poseen el tacto y el gusto, (...) y es imposible que el animal que duerme perciba por un sentido cualquiera en general, *es evidente la necesidad de que en aquello que llamamos sueño se dé la misma afección en todos los sentidos*. Pues, si se produjera en un sentido sí y en otro no, con ése podría sentir mientras duerme, y eso es imposible. Además, partimos de que se da en cada sentido una función específica y otra común, como, por ejemplo, la específica de la vista es ver, la del oído es oír, y en los demás hay una, de igual modo, para cada uno. Así mismo, *hay, además, una facultad común que los acompaña a todos, merced a la cual uno se da cuenta también de que ve y oye -pues no es por la vista por lo que uno ve que ve, ni es por el gusto ni por la vista, ni por ambos a la vez, por lo que uno está capacitado para juzgar que lo dulce es diferente de lo blanco, sino por una parte común a todos los órganos de los sentidos-*. Hay, en efecto, un sentido único, y el sentido rector es uno, mientras que la esencia de la sensación es diferente en cada clase, como, por ejemplo, un sonido y un color; (...) es claro, por todo ello, que la vigilia y el sueño son afecciones del sentido común. (...) Pues, cuando el órgano sensorial que es rector de todos los demás y en

el que todos los demás confluyen sufre alguna afección, es forzoso que todos los demás se vean afectados también con él, y, en cambio, cuando alguno de aquéllos se encuentre incapacitado, no es forzoso que el sentido rector se vea también incapacitado"²⁸.

Según el texto anterior es claro, no sólo que hay "sensibilidad común", sino que, si ella no existiera, sería imposible dar cuenta, por ejemplo, de qué es lo que pasa en nosotros cuando dormimos o de por qué tenemos conciencia –es decir, nos damos cuenta– de que estamos viendo u oyendo. Dicha facultad sensible es común porque pertenece a todos los animales y porque acompaña a cada uno de los sentidos, es decir, porque sin este "sentido rector" serían imposibles también las funciones específicas de cada uno de los sentidos particulares. La sensibilidad animal es, pues, una facultad unificada que, para ciertos efectos, se especializa, y su unidad, además, está garantizada porque este sentido primario, que tiene por órgano el corazón, es precisamente el lugar donde confluyen todas las demás afecciones que inciden sobre el cuerpo animal.

Ahora bien, ¿de dónde saca Aristóteles tal hipótesis y cómo puede demostrarla? Intentaremos mostrar a continuación el proceso argumentativo por el cual Aristóteles se propone justificar la existencia de dicha sensibilidad común y, a partir de ello, indicaremos también la inmensa relevancia que dicha hipótesis tiene para una adecuada explicación psicológica.

Volvamos por lo pronto sobre el problema tal como ha sido planteado por el propio Aristóteles. Supongamos que estamos viendo alguna cosa. No sólo estamos percibiendo algo, sino que a la vez, estamos percibiendo que percibimos. Pues bien, ¿qué es lo que en nosotros percibe que vemos? Es claro que, si fuera otro sentido distinto a la vista, entonces dos sentidos cumplirían una misma función (la de ver), lo cual resultaría absurdo, pues no sólo va contra el principio de economía de la naturaleza, que "no hace nada en

28. *Acerca del sueño y de la vigilia*, 454b 25-29; 455a 3-27 y 455a 35-455b 2. Los subrayados son del autor del presente artículo.

vano"²⁹, sino que, puesto que cada sentido precisaría de otro que lo percibiera a él, abriríamos una absurda serie *ad infinitum*, a no ser que, en algún momento, alguno de tales sentidos pudiera considerarse como objeto de sí mismo.

O cabe una segunda posibilidad: que sea la propia vista la que percibe que vemos, llegando entonces a ser ella objeto de sí misma; suponer tal cosa, según Aristóteles resultaría todavía más absurdo. De lo anterior se sigue claramente que percibir que percibimos no puede ser, en todo caso, objeto de los sentidos específicos, pues ni ellos pueden ser objetos de sí mismos ni pueden ser objeto de otros sentidos. Más aún, desde una explicación de la percepción que tenemos a través de los sentidos particulares, tan ligada a la ocurrencia de ciertos fenómenos físicos como la que nos ofrece Aristóteles, sería muy difícil dar cuenta de un fenómeno tan poco reductible a tal tipo de sucesos, como es la percepción de nuestras propias percepciones.

A lo anterior viene a agregarse una nueva dificultad. Cada sentido discierne claramente respecto de su sensible propio, pero, de hecho, distinguimos entre diversos sensibles propios. Es decir, la vista discierne colores, el oído discierne sonidos, el gusto discierne sabores, pero, ¿quién puede discernir, por ejemplo, entre lo blanco y lo dulce, lo amargo y lo grave, o lo agudo y lo negro?, ¿con qué facultad sentimos que tales cosas difieren? Es claro que tiene que ser un sentido, pues se trata de objetos sensibles; pero es claro también que no es ninguno de los cinco sentidos básicos y que no puede haber un "sexto sentido", pues no hay un órgano sensorio apropiado para él³⁰. Es claro también que tampoco la carne podría ser el sensorio último, pues entonces sería el tacto el sentido encargado de discernir entre estas cosas. Debe tratarse, por tanto, de otra facultad, también capaz de percibir, pero que sea por entero diferente de los sentidos

29. Este principio es invocado permanentemente por Aristóteles en sus obras tanto de ciencia natural como, incluso, de ética y política. Cfr. *Tratado del cielo* 271a 32 y *Política* 1252b 1.

30. Estas dificultades son planteadas por Aristóteles en *De Anima* 426 b 13 y ss. Sobre el hecho de que son solamente cinco los sentidos externos se ha pronunciado claramente Aristóteles en el capítulo primero del Libro III del *De Anima* (424b 22 y ss).

externos; debe ser, por la propia naturaleza de la función que cumple, una e indivisible y ha de ser capaz de percibir en un tiempo indivisible, pues, como claramente señala Aristóteles:

Tampoco las facultades separadas entre sí pueden apreciar la diferencia entre lo dulce y lo blanco, sino que estos dos deben manifestarse a una misma facultad. De lo contrario, si yo sintiera una cualidad y tú otra, con eso solo no aparecería la diferencia entre ambas. Hay que ser uno para poder decir que dos cosas difieren, como en realidad difieren lo dulce y lo blanco. Por consiguiente, una ha de ser la facultad que afirme esta diferencia; y como lo que afirma esto, uno también lo que piensa y siente. Es, pues, claro que sensibles distintos no pueden ser distinguidos por facultades distintas; y que ni siquiera pueden hacerlo en distinto tiempo, (...). Se trata, por consiguiente, de algo indivisible que percibe en un tiempo indivisible³¹

A la facultad que cumple estas condiciones es a lo que Aristóteles llamará la "sensibilidad común" (κοινη αἴσθησις). Como ya decíamos, no se trata de un sentido más, pues a él no corresponde órgano sensorial alguno. Es, más bien, una cierta naturaleza común a los cinco sentidos, o, para decirlo en términos más simples, una percepción no especializada (a diferencia de las percepciones especializadas de los cinco sentidos externos). Si aceptamos esta idea de una "sensibilidad común" es claro, además, que nuestra propia representación de la percepción en Aristóteles habrá de encontrarse modificada, pues la percepción no se refiere exclusivamente a lo que ocurre en los cinco sentidos, ni, por tanto, explicar la percepción sensible puede quedarse en dar cuenta de lo que ocurre en las sensaciones específicas de la vista, el oído, el olfato, el gusto o el tacto; sino que implica concebir la percepción como un fenómeno unificado que, para ciertos efectos, se especializa a través de cinco sentidos externos³². Además, esta idea de una "sensibilidad común" nos evita concebir la sensibilidad como un

31. *De Anima*, 426b 17-24 y 29-31.

32. También Ross presenta una visión semejante de la sensibilidad en Aristóteles. Dice este autor: "Debemos pensar la sensibilidad como una facultad única, que cumple ciertas funciones en virtud de su naturaleza genérica, pero que, para ciertos fines, se reparte en cinco sentidos especializados y crea por sí misma órganos adaptados a sus especiales funciones" Cfr. ROSS, David, *Aristóteles*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1.957, p. 202).

conjunto de facultades aisladas, pues "si así fuera, cada sentido, considerado en sí mismo, estaría aislado de los otros. Este aislamiento debe ser resuelto y los sentidos integrados, si el animal es un organismo completo, más que un conjunto de partes o facultades desmembradas"³³. Dicha integración se logra precisamente, según Aristóteles, a través de la "sensibilidad común" o "facultad primaria de percepción". La sensibilidad común tiene, además, una función de carácter vital, pues resulta necesario para garantizar la supervivencia del animal o ente sensitivo, ya que, si el animal no pudiera discriminar adecuadamente entre los diversos estímulos de su ambiente, coordinando todas sus informaciones en una facultad unitaria, le resultaría sin duda imposible conseguir incluso el alimento³⁴.

Lo más llamativo de esta idea aristotélica de la "sensibilidad común" no es, sin embargo, la mera postulación de la existencia de tal facultad, o incluso el hecho de que Aristóteles le dé una localización específica (el corazón)³⁵, sino la multiplicidad de funciones que le otorga, que van desde la percepción de los sensibles comunes hasta la percepción de las imágenes durante el sueño³⁶. Preguntémonos, entonces, ¿qué percibimos a través del sentido común? La lista completa podría ser más o menos la siguiente:

a) *Por la sensibilidad común percibimos los sensibles comunes:* Tales "sensibles comunes" son, como ya lo dijimos, el movimiento, el reposo, el número, la unidad, la figura, el tamaño y el tiempo; y son percibidos gracias al movimiento. Había dicho Aristóteles, además, que conocer estos sensibles comunes o no era propio de ningún sentido, y si lo era, tendrían que pertenecer al sentido de la vista. Es claro ahora que percibimos estos sensibles comunes no por la vista en tanto que vista (cuyo sensible propio es el color), sino en virtud de una facultad general de percepción (la sensibilidad común) que, además de sus funciones especializadas de visión, audición, etc.,

33. BYNUM, Terrell Ward: *art. cit.*, p. 99. (La traducción es mía).

34. Sobre este punto resulta ilustrativo el comentario de Ackrill citado por T. W. Bynum en su artículo, citado en la nota anterior, p. 99.

35. Cfr. *Acerca de la juventud*. 467b 27 y ss, y 469a 10-17.

36. Una descripción detallada de estas funciones puede verse en el *Aristóteles* de Ross (p.p. 202-205) y en el libro ya citado de Deborah Modrak (pp. 62 y ss).

tiene una función no especializada relativa a las cualidades comunes de todos los objetos sensibles. En su opúsculo *Acerca de la memoria y de la reminiscencia*, además, insinúa Aristóteles que, por lo menos uno de estos sensibles comunes (el tiempo), debe ser asunto de la sensibilidad común. Hablando de la necesidad de conocer el tiempo y de medirlo, señala que "debe haber algo³⁷ con lo que se distinga el tiempo más largo y el más corto y es verosímil que se haga de igual forma que con las dimensiones"³⁸.

b) *Por la sensibilidad común percibimos que percibimos*: Es claro, por lo ya anotado, que no es por la vista ni por ningún otro de los sentidos externos que percibimos, por ejemplo, nuestro acto de visión. Debe, por tanto, existir esa facultad común que nos permite percibir que estamos percibiendo. Ello se hace evidente durante el sueño, pues, si bien durante él tenemos percepciones, ninguna de ellas es atribuible a alguno de los sentidos específicos, que en ese momento se encuentran inactivos, como tuvimos ocasión de verlo en el texto ya citado de Aristóteles. Resulta claro, entonces, no sólo que hay una sensibilidad común a la que se atribuye la percepción de los sensibles comunes, sino que esa misma facultad es la que nos permite tener conciencia de nuestras propias percepciones.

c) *Por la sensibilidad común percibimos la diferencia entre los objetos de dos sentidos*: Como habíamos visto previamente, resulta imposible que un sentido particular (la vista, el oído o cualquier otro) sea capaz de discernir entre dos sensibles propios completamente diferentes, como por ejemplo, lo amargo y lo grave, o lo negro y lo dulce. Discriminar entre tales objetos no lo puede lograr ni un solo sentido ni dos sentidos actuando separadamente. Debe ser necesariamente obra de una facultad única que actúa en un momento único, o como ya lo habíamos señalado, "algo indivisible que percibe en un tiempo indivisible". Ello no se debe confundir, sin embargo, con la posibilidad de que dos cosas se perciban simultáneamente, posibilidad que Aristóteles claramente descarta. La sensibilidad común es una e indivisible y percibe en un tiempo indivisible y, así

37. Sin duda se refiere a la sensibilidad común.

38. *Acerca de la memoria y de la reminiscencia* 452b 7-9.

como discrimina entre los objetos de dos sentidos, le resulta imposible percibir al mismo tiempo dos cosas distintas³⁹.

d) *Por la sensibilidad común percibimos las imágenes durante el sueño*: Según Aristóteles, durante el sueño, los sentidos específicos se encuentran inactivos y es la sensibilidad común la que se encarga de las percepciones que allí se dan, pues el sueño constituye una afección de ésta. Más aún. Si durante el sueño se producen imágenes, como evidentemente ocurre, ellas deben considerarse igualmente como afecciones de la sensibilidad común⁴⁰. Sobre este punto es suficientemente explícito todo el opúsculo aristotélico *Acerca de los ensueños*.

Finalmente, Ross⁴¹ agrega que también es por la sensibilidad común que se perciben los sensibles por accidente, aunque ello no resulta tan claro, por lo menos en la lectura de los textos del propio Aristóteles. No quiero decir, sin embargo, que la percepción de los sensibles por accidente sea totalmente ajena a la κοινή αἴσθησις. Ello, por supuesto, resultaría absurdo, pues nos quedaríamos sin dar cuenta de la percepción de un tipo muy importante de objetos sensibles, que ciertamente no capta ningún sentido particular y cuya recepción no produce alteración física en órgano alguno. Una percepción tal es evidente que debe ser asunto de una percepción no especializada y con poder de síntesis. Los sensibles por accidente deben ser, entonces, percibidos por la sensibilidad común. Ello es lo lógico. Con todo, en cuanto he examinado el asunto, no he encontrado ningún texto en donde Aristóteles afirme de un modo explícito tal cosa.

Lo anterior nos ha permitido destacar el inmenso número de funciones que le atribuye Aristóteles a la sensibilidad común y el hecho de que sea a partir de la postulación de esta facultad que se abre nuevamente el amplio campo de la percepción, al conectarse la sensación con la memoria, los sueños, la imaginación y el

39 Para una discusión más amplia sobre la posibilidad de la percepción simultánea de dos cosas, Cfr. *Acerca de la sensación y de lo sensible*, 447a 13-448a 19 y 448b 17-449a 20.

40. Cfr. *Acerca de la memoria y de la reminiscencia* 450a 13.

41. Cfr. Ross, David: *Op. cit.*, p. 203.

pensamiento. En ella, pues, está el vínculo entre la sensación y operaciones psicológicas de mayor complejidad. Como señala Moreau:

Al sentido común le incumbe una función de síntesis y hasta de reflexión. De él depende no solamente la comparación de los datos sensibles en la cual estriba la percepción del objeto exterior, sino también su integración en la conciencia y su conservación en forma de imágenes. Ésta, unida a la representación del tiempo, permite la operación de la memoria, y el ensanchamiento de la experiencia sensible por la imaginación condiciona el ejercicio de la actividad intelectual⁴².

Puede sonar exagerada –y en cierto sentido lo es– la afirmación de Moreau en el sentido de que la sensibilidad común pueda tener un carácter reflexivo. Conviene, pues, que hagamos algunas matizaciones. En primer lugar, no podemos olvidar que la propia afirmación del autor tiene ya un matiz: "hasta de reflexión"; es decir, que no afirma propiamente que la sensibilidad común tenga un carácter reflexivo, sino que cumple ciertas funciones de síntesis y reflexión. Pero, ¿es ello cierto? Es claro que la sensibilidad común no es el lugar donde se realizan los juicios críticos, que son obra del entendimiento⁴³. Ello no obsta, sin embargo, para que la sensibilidad común no pueda ser considerada en cierto sentido como una "conciencia sensorial", es decir, como el lugar donde nos damos cuenta que algo sucede en nosotros, es decir, donde percibimos que percibimos. Ello tal vez no lo podemos llamar "reflexión" en sentido estricto, pues ésta es una función que atribuimos propiamente al pensamiento. Pero, en cuanto "vuelta sobre sí", atención al flujo sensorial, lugar donde se reflejan percepciones, el término podría resultar justificado. El término de Moreau, pues, no es muy exacto, pero sugiere algo que el propio Aristóteles también había sugerido: el carácter "reflejo" del flujo sensorial y el modo como este flujo es

42. MOUREAU, Joseph: *Aristóteles y su escuela*, Eudeba, Buenos Aires, 1.972, p. 166.

43. Sobre este punto, y especialmente sobre el uso que hace Aristóteles del verbo griego κρίνω (de donde viene precisamente el término crítico, y que es precisamente el verbo que se refiere al acto de juzgar, en el sentido de discernir, discriminar, etc.), Cfr. EBERT, Theodor: "Aristotle on What Is Done in Perceiving", en *Zeitschrift für Philosophische Forschung* 37, 1.983, pp. 181-198.

unificado por la sensibilidad común. Ello es lo que permite, además, que ésta –la sensibilidad común– la que permita el tránsito adecuado entre la percepción sensible y las demás operaciones psicológicas.

Hemos destacado hasta el momento el carácter de "conciencia sensorial" que tiene la sensibilidad común en la psicología aristotélica, así como sus diversas funciones. Nos resta sólo –para terminar esta ya larga reflexión– mostrar su relevancia para una adecuada explicación de los procesos vitales.

Empezaré por señalar la inmensa relevancia que posee tal facultad a la hora de ofrecer una explicación coherente de la vida animal en su unidad⁴⁴. Por una parte, porque constituye el punto central de organización de toda la vida sensible, en tanto es el sentido rector de todos los demás y el punto donde todos los demás sentidos confluyen⁴⁵, al tiempo que es una, aunque se manifieste de un modo distinto en cada una de las sensaciones particulares. Por otra parte, porque, al otorgarle a la sensibilidad común un lugar específico y un órgano propio (el corazón), lo que precisamente quiere poner de presente es que sólo puede ser este órgano –precisamente el que asegura la regulación de las múltiples funciones vitales⁴⁶– la sede propia de la facultad en mención⁴⁷. Si hay, pues, un único "sentido rector", a él corresponde un único órgano; y, si la vida animal es, en primer término, vida sensitiva, es porque el organismo animal está organizado unitariamente en torno a un centro en donde confluye la sangre. Como bien dice el propio Aristóteles, "un animal se distingue por su capacidad de sensación, y la parte que posee en primer lugar esa capacidad es la parte que tiene en primer lugar la sangre, es decir,

44. Este punto es bien trabajado por Bernard Hubert en su artículo "Le sens commun et l'unité de l'animal chez Aristote", en *Revue Thomiste* 97, 1.997, pp. 694-708.

45. Cfr. *Acerca del sueño y de la vigilia* 445a 32-33.

46. En tal sentido se manifiesta Aristóteles en *De las partes de los animales*, 666a 10 y 20.

47. Sobre las razones por las cuales Aristóteles elige como "sede" de la sensibilidad común, y no al cerebro, por ejemplo, cfr. GUTHRIE, W.K.C.: *Op. cit.*, pp. 309-311.

el corazón, porque el corazón es la fuente de la sangre y la parte en que está presente la sangre en primer lugar"⁴⁸.

La unidad de la vida, además, se encuentra garantizada por el alma en cuanto principio de todo lo que vive. Así, aunque las sensaciones sean múltiples, el alma sensitiva es una sola, pues ésta percibe tales sensaciones en un momento único e indivisible y con un mismo sentido⁴⁹. Ello tiene una doble implicación. Por una parte, nos evita los reduccionismos de una concepción atomista de la sensación (pues lo que percibimos no es en primer lugar cualidades simples en su aislamiento, sino objetos sensibles unificados) y, con ello, nos acerca a una comprensión holística tanto de la percepción como de los fenómenos psicológicos con ella relacionados (memoria, imaginación, sueños, etc.). Por la otra, nos proporciona una comprensión certera y novedosa de la unidad de la experiencia. Para dar cuenta de ésta, Aristóteles no tiene que recurrir –como lo harán muchos filósofos modernos– a un "yo" que unifica representaciones; al contrario, se trata de una unidad objetiva, que está garantizada por una sensibilidad común de carácter sintético y autoperceptivo característica de la vida animal⁵⁰.

Estas son algunas de las consecuencias teóricas esenciales (habría también, sin duda, muchas otras que aquí no alcanzamos a destacar) de la hipótesis aristotélica sobre la existencia de una "sensibilidad común". De todas maneras, hay en ella un sinnúmero de posibilidades que la teoría psicológica contemporánea tendrá aún que explorar. Hacia el futuro podría esperarse –y a ello espera contribuir el presente artículo– un retorno al "paradigma aristotélico" en la explicación psicológica, es decir, un nuevo intento por dar cuenta de los grandes problemas psicológicos dentro de una estructura teórica que parta de la comprensión de la vida animal en su unidad y que dé cuenta de la sensibilidad como un todo unificado. Algunas de las nuevas concepciones sobre la memoria, la imaginación y la

48. *De las partes de los animales* 666a 33 - b1. Utilizo la traducción de este pasaje que aparece en el ya citado libro de Guthrie, p. 309.

49. Cfr. *Acerca de la sensación y de lo sensible* 449a 1 y ss.

50. Sobre las principales consecuencias epistemológicas de la hipótesis de la "sensibilidad común", cfr. MODRAK, Deborah: *Op. cit.*, pp. 134 y ss.

inteligencia desarrolladas por autores contemporáneos podrían ser prueba de ello.